

Fotografías: Raúl Tame.

El inquilino

Farino

Llegué tarde de la ciudad, retorne al silencio y en el transcurso del largo recorrido pensé en él. Sentí el deseo, caminé sin pensar, y al llegar a casa pregunté por el inquilino. No hubo respuesta y fue entonces que decidí buscarlo, llevarle yo misma sus discos, era la excusa para verlo, inocente y sutil.

La falda y un escote discreto pero llamativo, aderezados con un suéter rosa fresa, serían los cómplices callados de la transgresión de su espacio.

Toqué a su puerta, esta casa chica quedará a tres pasos de la casa grande, a dos escaleras y un pequeño patio que deben ser recorridos para llegar a su puerta.

Estaba solo como de costumbre, y al verle sentí ese cosquilleo colegial en el estómago. Lo saludé con amabilidad pero sin derroché, simplemente fui amable. Al verme su única reacción fue la de ofrecerme una gran sonrisa, de esas sonrisas vivas y juguetonas.

Entregué los discos y me quedé estática por dentro, no sabía qué seguiría, no supe por momentos qué decir o hacer, mis gestos se tornaron rígidos pero traté de salir de aquel letargo de nerviosismo. Una vez superado, pude articular palabras y lo invité a charlar, él accedió. Mientras platicábamos; sugerí que fuéramos a comprar algo de cerveza para soltar un poco el cuerpo. Sé que ambos en estábamos temerosos, que la sangre y la saliva de repente no corrian por los lugares y caminos conocidos,

haciendo que el nerviosismo saltara a la vista, aunque fuera el propio, sin que el otro se diera cuenta.

Si bien me sentía yo misma, también me sentía otra, debido tal vez a los efectos que produce el deseo, esos que engrandecen las pupilas y tornan rojas las mejillas.

El trayecto a la tienda no fue muy largo, por lo tanto los enunciados pronunciados entre los dos fueron más bien parcos, condimentados con esta risa estentórea que poseo, más todo transcurrió en calma.

Los actos que conllevan a que dos seres se atraigan danzaron lentamente, mientras en el interior las ansias de tocarle aumentaban cada segundo. La caballerosidad, esa que ya no se estila hoy día, fue determinante para sucumbir ineludiblemente al encanto de aquel hombre, entrado en años pero de apariencia juvenil.

Callada en mis adentros, frenéticamente intentaba externar aquel avasallador deseo y curiosidad que me arrobaba desde hace tiempo. Él, no se sabe, qué sentía, qué pensaba, qué deseaba. Habría que vaticinar lo no hecho, augurar lo que podría suceder, quién sabe. Aguardando lo inesperado de la escena donde un hombre y una mujer se observan y cierta lascividad puede ser percibida o palpada en el propio cuerpo, recreando incensantemente si el otro percibe lo mismo.





La cerveza relajó la carne e hizo fluir caudalosamente todo tipo de palabras, risas y subterfugias miradas concupiscentes, intentando ambos guardarlas para cada uno, para que ni el otro ni la otra logran descubrirlas ni adivinaran el siempre desconocido devenir de los momentos; porque lo que ha de suceder es siempre efímero e inaprehensible, de una fragilidad tal, que no es posible asirlo, porque así es el futuro.

Las notas que permiten con sus variaciones escuchar la música, llenan con su grandeza los vacíos de dos almas que se comunican sin palabras. Y entonces, cuando las notas penetran los cuerpos, lo que sigue en esta retahíla de instantes es simple y llanamente, la danza.

Pasamos de la cocina, donde estuvimos con nuestra separidad, a la sala donde con el ansia de escuchar y acariciar el ritmo, comenzamos con pasos suaves e inocentes a bailar. A los primeros compases armoniosos de mis caderas, piernas y brazos hallé brazos, pies y piernas torpes y temblorosas.

Él, temeroso, permitió que yo condujera este primer baile con sabor a merengue. Intentando ser la mejor maestra de baile llevé uno de sus brazos a mi cintura, mientras el otro de ellos permanecía erguido tomando mi mano en las alturas. Ese primer roce con su piel fue como una descarga eléctrica que por algún momento nubló mi razón, sobreviviendo únicamente el tacto y la

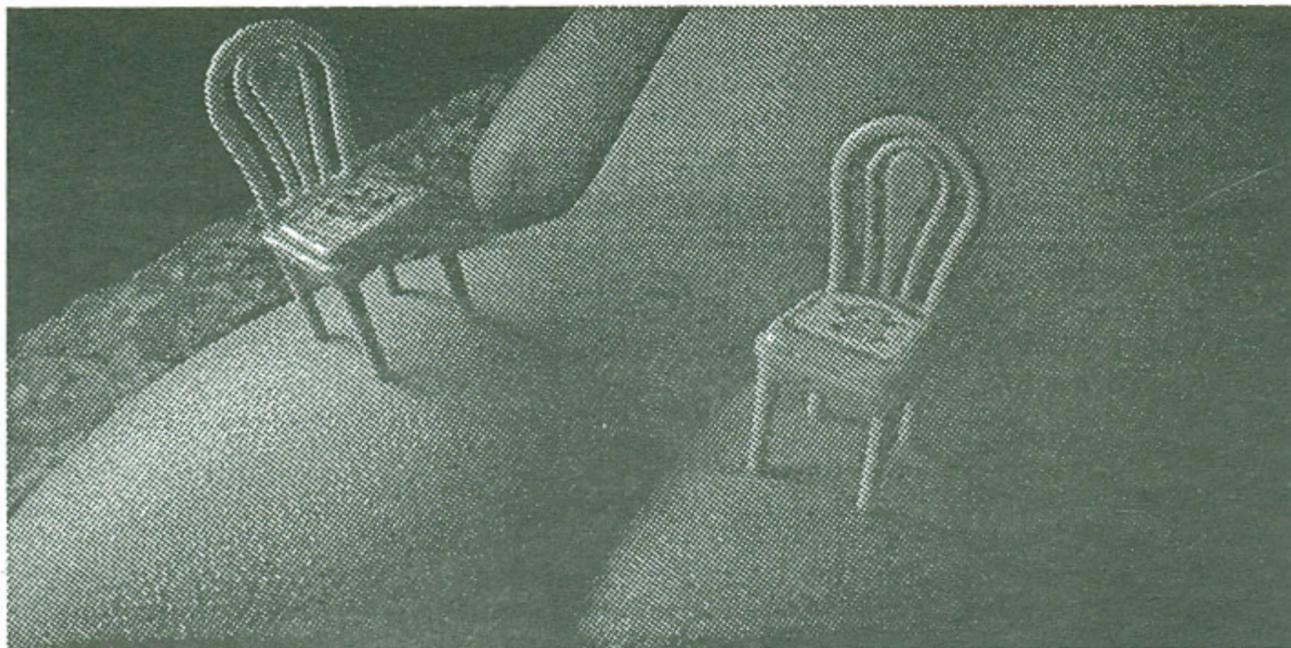
placentera sensación que ofrece este sentido al palpar regiones nuevas. Esas manos grandes y suaves son el primer recuerdo que todavía hoy guardo preciadamente.

No sé cuánto tiempo transcurrió, pero entre los súbitos cambios de ritmo y pasos de baile, ya estábamos estrechamente abrazados. Yo, con los ojos cerrados descubrí, en el mapa de su piel, territorios que no conocía. Él, con los ojos cerrados recorrió con esas manos, mi piel, descubriendo quizá nuevos espacios de piel. Fueron roces confiados, simples, pero que herizaron mis cabellos en cada caricia.

En un abrazo estrecho todo lo sientes, el cuerpo se sumerge en el cuerpo del otro logrando de esa manera percibir las protuberancias y recónditos recovecos que a la vista son imperceptibles. Fue entonces que sentí aquel sobresalto en su entrepierna, yo sin habla, él absorto en la música, ambos ahí, recorriendo nuestros cuerpos aún cubiertos.

Debía decirselo, debía por lo menos insinuarle que lo deseaba, que quería su cuerpo, su boca, sus manos. Así lo hice, le dije que me gustaba demasiado, hace tiempo ya.

Después de esas palabras, no supe que habría de suceder, mi mente corrió sin rumbo maquinando infinitas posibilidades de respuesta para lo que sucedería después, qué me diría, cómo lo haría, ¿y si no le gusto? También lo pensé. Sus palabras, aliviaron mi desespera-



humedad de las bocas. Así conocí por primera vez su boca, con un beso tembloroso, que removió todas mis entrañas.

En el revuelo de los besos, la imperiosidad que sentí al tenerle ahí, hicieron que montara su cuerpo. Él estaba sentado, así que literalmente trepé sobre sus piernas, percibí de nuevo aquel inmenso trozo de carne que sobresalía de la entrepierna.

ción y angustia. Deduje por lo que me había dicho, que también le gustaba.

—¿Qué dirías si te digo que me gustas? El musitó palabras ininteligibles, pero al cabo de un rato me dijo:

—Pues que debo decir lo mismo, que eres una maestra de baile muy guapa.

Tras esta deducción estúpida porque en realidad correspondió a mi pregunta, nos quedamos embelezados bailando, escuchando y sintiéndonos, nada más. Esas palabras fueron las únicas que cruzábamos en un largo rato. A cambio, las caricias fueron nuestras palabras y la música nuestras respuestas.

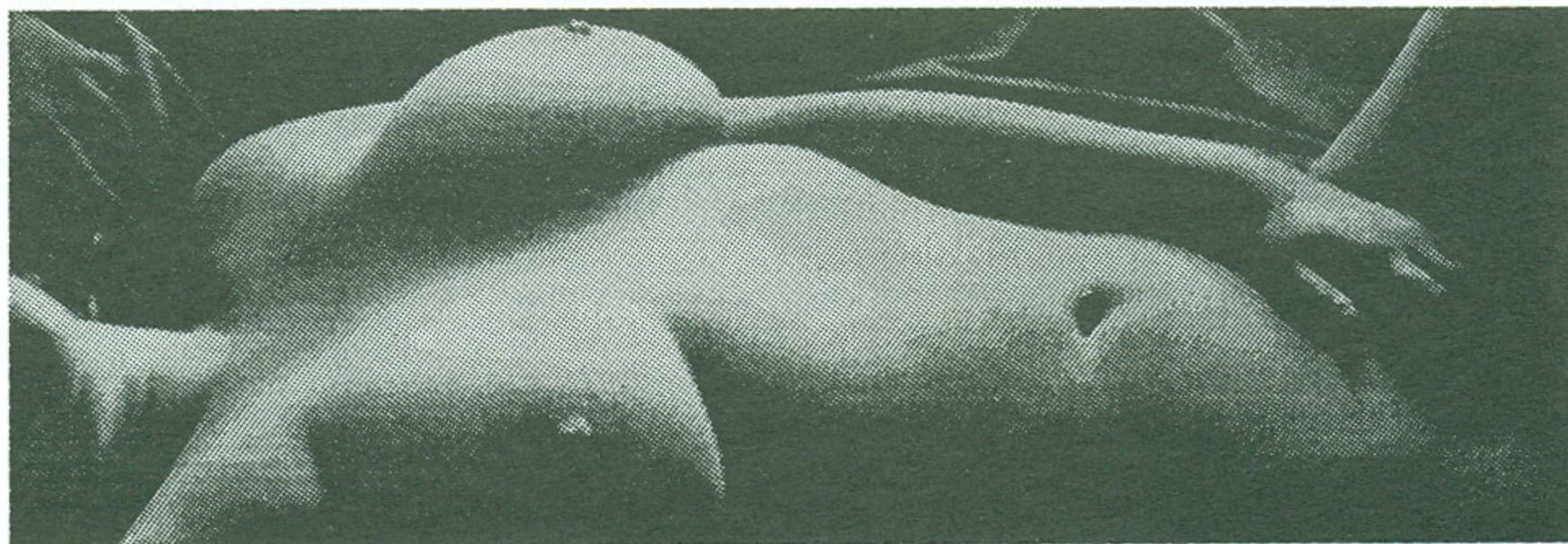
Era tarde y mis pies estaban adoloridos, después de esa tremenda jornada de baile, así que decidí sentarme en un sillón de la sala, sumamente incómodo pero útil. Tomé su mano y lo llevé a mi lado, para que descansara también y supe entonces que algo sucedería.

Mientras bailamos nuestras bocas si bien querían unirse había esta barrera insuperable hasta ese momento, en que lo besé. Si, lo besé con pasión, sintiendo sus carnosos labios, tersos y gruesos, su pequeña y tímida lengua, provocaron que lo besaré con mayor pasión. Sus labios temblaban, no sé por qué, todavía hoy no lo sé. Nos besamos y nuestras lenguas se buscaban mutuamente, como serpientes que se reconocen sin verse, entrelazándose sin brusquedad, disfrutando de la tibia

Timidamente él comenzó a buscarme, de entre la ropa, aquellas grandes tetas que heredé de algunas tías. Tocó el pezón lentamente, rodeándolo con su dedo, después toda la mano estaba acariciando el pezón y toda la protuberante teta. Sus manos recorrieron mi espalda, misma que se erizo con cada caricia. Los pezones hinchados y erectos rogaban que su lengua tibia los excitara aún más. Lentamente levantó por completo la blusa que se hallaba a media espalda, lamiendo los erguidos pezones con severa ternura, como si fueran a desaparecer con algún brusco movimiento, pero esa tímida hazaña se tornó de repente en una confortante y deliciosa sensación de placer, al succionar y lamer esos pezones tan deseosos de ser tocados, acariciados una y otra vez, con la lengua, los dedos, y las manos.

Más esas caricias nerviosas cesaron debido a la tensión que indefectiblemente se tiene cuando el peligro de ser descubierto acecha. Subimos a la casa pequeña, al anexo de la grande, donde estaríamos a salvo de las miradas de los demás, así con la noche como celadora de esa pasión indescriptible, estaría pronta a saber los secretos que guarda un hombre desconocido a una mujer también desconocida.

El frío y la humedad de las paredes del lugar contrastaban con el calor que mi cuerpo emitía, con el nerviosismo que sentía y con esa curiosidad inefable de



estar a solas con él, en su territorio, a la espera de más y más caricias y roces.

Aquellos besos deseados serían dados, para sucumbir ante los arrumacos exactos que me eran proporcionados por esas manos grandes pero delicadas en su proceder. Pareciera como si ellas conocieran los lugares secretos de mi piel, cobrando vida y recorriendo con lentitud cada centímetro de piel, tal vez reconociendo lares ya visitados antes sin que su dueño lo supiera.

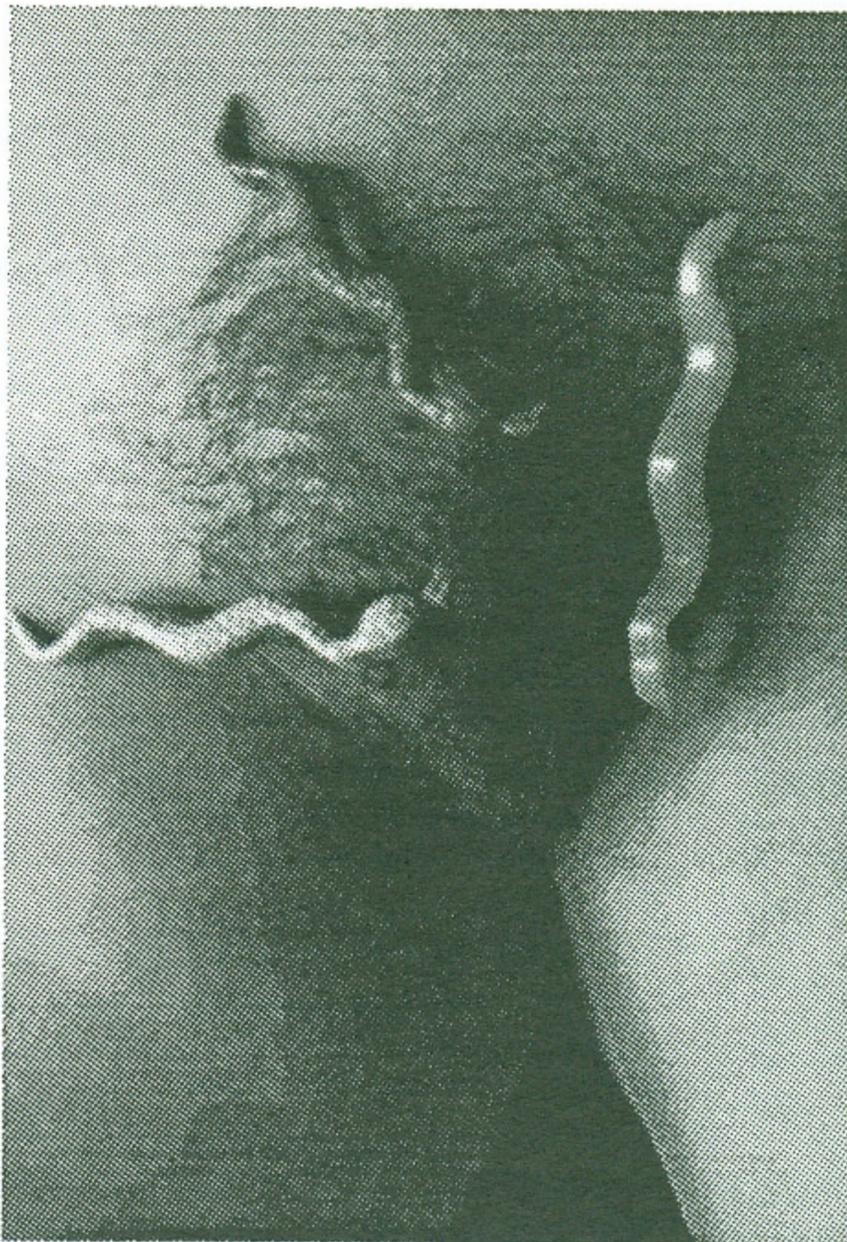
Retozamos largo tiempo y como obra de teatro estuve dividida en tres actos, tal vez más. En cada movimiento sentí la humedad de mi sexo, los jugos que no vemos pero que son la señal inequívoca de que se está pronta a recibir al otro, de sucumbir a la penetración y olvidarnos de lo que pretendemos ser.

Él supo también que era tiempo de adentrarse dentro de mí, mientras yo rogaba ser penetrada por aquel hermoso falo. La primera embestida fue certera y firme, sentí como se abría paso buscando quizás algún rincón para resguardarse de lo desconocido de aquella tibia caverna.

Danzamos horizontalmente, en un baile donde manos, brazos y piernas se buscan para encontrarse una y otra vez, para sentir y sentirse y no saber de sus dueños, porque ellos ya no saben de sí.

Pero toda danza tiene un final, exploté, sin más exploté en placer, mi cuerpo se tensó, la boca se dilató hasta formar una circunferencia perfecta y mis ojos quedaron ciegos. Supe que no sabría más de mí, que había subido muy alto y ahora descendía anegada en mis propias secreciones y volvía siendo más yo.

Él aceleró el ritmo de aquella danza pélvica, desbordándose en la calidez del cuerpo que estaba debajo, ese que lo acogía esa noche. Ambos probamos el maná que se da a los que entregan sus cuerpos como ofrenda preciosa y se dan desnudos al frío invernal para cobijarse con la piel de cada uno; pero aquella danza que tiene



como pista una cama y como música la respiración jadeante, terminó con un sueño profundo que arrojó a los danzantes.

Todavía hoy la música es pretexto vacío para unirse cada tarde y cada noche, todavía hoy ella sube a verle y perderse en aquel maravilloso cuerpo. Todavía hoy, él se entrega en la penumbra y en la luz.

